

EL MOVIMIENTO LITERARIO

Por OMER EMETH

764449
PAREMIOLOGÍA CHILENA. — Discurso leído por don Ramón A. Laval en su incorporación a la Academia Chilena. — Santiago.—Imp. Universitaria. 1923. — 86 págs. en octavo mayor.

"¿Qué cosas propias—pregunta el señor Laval—nos quedarán dentro de poco? En tiempo no lejano, cuanto tenemos (nosotros los chilenos) de peculiar desaparecerá y nuestro pueblo se confundirá con los demás pueblos sin que cosa alguna le distinga de otros, sin que por nada especial llame la atención del que viene de fuera a visitarnos."

Esta pregunta y esta respuesta son tan oportunas como fundadas. El llamado "progreso moderno" consiste en la uniformización de las ideas, de las expresiones, de los hábitos, de los trajes y hasta de las caras. Este fenómeno no es de hoy ni de ayer, sino de antaño y de siempre. En siglos muy remotos se presenció la helenización y luego la romanización del mundo occidental. La única diferencia entre esas épocas y la nuestra consiste en la rapidez que últimamente ha adquirido el movimiento. Mientras no hubo buques de vapor, ferrocarriles, telégrafos y prensas rotativas, aquello caminaba a paso de tortuga y no atacaba sino a las aristocracias. Hoy no hay capa social indemne. Dentro de un mismo pueblo la democracia copia servilmente a la aristocracia y en la sociedad de las naciones occidentales las pequeñas copian a las grandes que se copian mutuamente. Más aún los Continentes han entrado en ese balle: el Nuevo copia al Viejo y éste a aquél. Un hecho material simboliza todo esto: la cara afeitada de todos los varones que quieren parecer anglo-sajones a todo costo...

El señor Laval deplora ese nivelamiento universal y reconociendo que es inevitable, dice: "Urge, pues, recoger antes que se olvide todo cuanto con él (es decir, con nuestro pueblo) se relaciona, antes de que se borre hasta el recuerdo de estas cosas, cuya cabal inteligencia es de valor inapreciable para el psicólogo, para el novelista, para el autor de cuentos criollos, si se precian de haber penetrado el sentimiento del alma del pueblo o pretenden pintar cuadros de la vida real. El Folklore les suministra el conocimiento y el material necesarios, indispensables para su obra. No les basta a los últimos, para salir airoso, simular malamente el lenguaje vulgar." (p. 10).

En suma, dos son las recolecciones que deben hacerse cuanto antes: una, del idioma popular chileno y la otra, de las ideas que en éste se expresan en forma tradicional. En tres palabras, aquello se reduce al léxico, a la gramática y a la paremiología chilenas.

El señor Laval, admirable conocedor de su pueblo, pensó un momento en dedicar su discurso al léxico y a la gramática vulgar de Chile y especialmente al influjo de los dialectos españoles en el lenguaje popular de este país. Pero prefirió la paremiología, por ser tema menos árido y más agradable de oír. A esta preferencia débese el presente estudio tan instructivo como ameno.

El señor Laval reconoce que gran parte de las locuciones y proverbios populares chilenos son de origen español, pero advierte que muchos han experimentado en Chile transformaciones, felices algunas y desgraciadas otras.

Las locuciones netamente chilenas recogidas por el docto académico son tantas que formarían fácilmente un rosario interminable. Cita unas pocas, entre las cuales escogeré media docena muy características:

"Calentar el agua para que otro tome el mate.—Desde Renacimiento a Malleco, no hay poncho que me haga fleco.—El cristiano que va a Tunca, se queda y no vuelve nunca.—Gorgojo, más chico que un piojo; pero no por chico deja de causar enojos.—Matando la perra, se acaba la leva.—Todo lo rodea Dios sin ser vaquero.—Valiente, en una calle sin gente.

Antes de entrar de lleno en el estudio de los proverbios, hace el señor Laval, las siguientes observaciones: "El pueblo descubre en su lenguaje lo que ha aprendido de sus antepasados y, sin quererlo, revela sus aficiones. Los objetos que le rodean, aquello que de continuo tiene bajo sus ojos, todas las cosas, en fin, que le son familiares, le sirven de punto de comparación para crear las felices metáforas que con tanta facilidad brotan de sus labios. De manera que, para conocer su carácter, sus usos y sus costumbres, sus vicios y sus virtudes, bastará ordenar por materias y analizar en seguida la multitud de tropos de que salpica su conversación. Y es lo que voy a procurar hacer fingiendo escenas y situaciones adecuadas con intento de ensartar el mayor número de refranes, proverbios y frases familiares chilenas entre las cuales, seguramente, se deslizarán unos cuantos españoles que se me escurrirán sin quererlo; y para hacer más liviana la lectura, comenzaré por lo áspero y amargo, para terminar con lo más suave, que así nos quedará un dejo agradable de dulzor." (pág. 22).

Laego estudia los siguientes temas: I. La embriaguez; II. Amistad—Pendencia; III. Resignación—Fatalismo; IV. Economía; V. Medicina; VI. Meteorología; y VII. Gramatiquerías.

Del capítulo primero copiaré aquí una escena cuya lectura (tengolo por averiguado), no desagradará a mis lectores:

"¿Quién no les ha oído, (a los hombres del pueblo), cuando comen en compañía (la comida es un pretexto para beber), decir alegremente?:"

Para vivir gordito, después de cada mascada un traguito;
Juana, Juana, cada trago con más gana;

Después de la sopa, una copa, después del puchero, un vaso entero,
y después del asado, hasta quedar botado.

Y si algún comensal es tan meticoloso que deja parte del vino en su vaso, no falta uno que se levante airado y le exila que lo vacíe, en estos términos:

El que hizo la mano hizo el codo, levántalo y tómatelo todo.

Y si otro, medroso, por excepción, de que tanto beber enferme al que carga la carreta tan inconsideradamente, le hace observaciones para que se modere, éste riéndose en sus barbas, le contesta:

Hagamos algo por la vida, que la muerte sola viene;

y jugando del vocablo curarse: Acuértese, amigo, que

Quién se cura vive sano

o bien:

¿Qué le hace el agua al pescado, cuando la traga y la bota!

y a veces, si viene al caso:

De día abogado, de noche curado,

y sin cuidarse de lo que piensen los otros, que lo más cierto es que piensen como él, aunque

se le daría un bledo,

lo contrario, sigue pidiendo:

Echale caldito, Juana,
que ya me estoy mejorando,
y al que con caldo mejora
que caldo le sigan dando.

o si no:

Póngale chichita al cacho que quiero cantar borracho

y no falta algún donairoso que, con voz declamatoria y como quien va a moralizar, espete a los concurrentes el conocido dicho:

Buena es el vino cuando el vino es bueno, pero si el agua es bien sabrosa y clara... mejor tomaré vino y dejo el agua,

y grite:

Inés, Inés, póneme el embudo otra vez, (1)

lo cual no obsta para que se oiga decir continuamente:

No hay rascado que no le haga gesto al vino.

¿Y en qué pararán estas misas? Cuando se acerca la hora de cerrar la taberna y el tabernero ordena:

Calabaza, calabaza, cada perro pa su casa,

y cada cual se va por esas calles

Andando por estas cruces de Dios,
Haciendo equis y cúes,

molestando a quienes a su paso encuentra, si algún transeunte, asqueado, le grita: curado sinvergüenza, él contesta con mucha calma:

Ebrio, pero no curao; en el camino se compone el condenao,

y llega, por fin, a su casa echando sapos y culebras y, en vez de acostarse tranquilo a dormir la mona, las emprende contra su com-

(1) Es tomado del siguiente caso:

Una mujer llamada Inés se lamentaba de que su marido fuese tan borracho que rara vez lograba verlo como conviene. Una comadre medio bruja y partidaria del *similia similibus*, le aconsejó que la primera vez que su marido llegara a media rasca, o a rasca y media, que sería lo más seguro que ocurriera, le colocara un embudo en la boca y le vaciara unos diez litros de vino, asegurándole que el remedio era infalible, porque, empachado e enfermo con tanta bebida, le tomaría odio al licor. Así lo hizo la mujer, y es de imaginarse cómo quedaría el pobre hombre después de tragar tanto líquido encima del que ya había ingerido. Inés le quitó el embudo, y pensó que estaba muerto porque el hombre no movía pata. Transcurrieron unos dos o tres minutos de terrible angustia para Inés, que se creía viuda y asesina de su marido, cuando el hombre abrió un ojo, en seguida el otro, movió los labios y con lengua trapesa habló así a su mujer: Inés. Inés, póneme el embudo otra vez! ---

pañera, con cualquier pretexto, porque él dice que un bicho que pasó por sus pies es ratón y ella que es ratona."

Hasta aquí el discurso del señor Laval cuya amenidad queda demostrada.

Contestóle el señor J. T. Medina con un conciso, pero nutrido discurso en que, a su vez, insistió sobre la importancia de los estudios paremiológicos y comprobó con numerosos ejemplos la difusión en Chile de los refranes que se hallan en el Quijote.

Excusado es decir que el nuevo académico empezó su discurso rindiendo un elocuente homenaje a su inolvidable predecesor don Enrique Matta Vial, "cuya pérdida nunca dejarán de lamentar las letras nacionales", porque "fué, ante todo y sobre todo, un noble corazón, una grande alma y un cerebro luminoso, lleno de fe en el porvenir de la Patria, a quien tanto amó." (pág. 9).

El Mercurio, Santiago, 20 Enero 1924